

El "Atardecer", de Samuel Lee

Por
Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de Fragata (R.)
Armada de Chile

Me encontraba embarcado en uno de nuestros cruceros antiguos —por aquellos días en comisión permanente en la zona norte,— como oficial subalterno a cargo de una de las "divisiones de cubierta". Tuve necesidad de elegir un asistente-camarotero, y para tal fin fijé mi vista en Samuel Lee, muchachón de veinte años, correcto, de buenos modales, que cumplía a bordo su servicio militar de dos años, como la mayor parte del personal bajo mis órdenes directas. Reunía Lee las cualidades indispensables que debían poseer quienes asistían a los oficiales en todas sus necesidades particulares, que comenzaban por tener a su cargo todos los bienes y efectos personales, hasta poder desempeñar comisiones privadas en tierra, para las cuales se requería corrección, discreción e inteligencia.

Mi nuevo asistente era iquiqueño. Nació en la ciudad del salitre como fruto de los fugaces amores de un marinero inglés perteneciente a la dotación de un velero de cuatro palos que había pasado largos meses en el puerto, esperando tomar un cargamento de nitrato, y de una morocha nortina nada de mal parecida.

Ya a las dos semanas de contar con este nuevo asistente, cuando la amistad y la confianza más absoluta nos unían, me confesó que entre sus entretenciones personales estaba la afición a la pintura, solicitándome que le permitiera guardar en mi camarote algunos "cuadros" que temía pudieran estropearse en sus escasas comodidades del entrepuente. No tuve inconveniente y así fui conociendo las condiciones artísticas de mi buen servidor.

Por aquellos años, todavía no se habían difundido esas actuales técnicas llamadas "futuristas" y "cubistas"; esa escuela de hoy que, diríase, no es sino la exaltación del genio y del ingenio para burlarse del prójimo. La pintura de Samuel Lee tenía mucho de eso: yo miraba sus cuadros desde todos los ángulos, los daba vuelta hacia abajo, hacia arriba, hacia uno u otro costado; los retiraba, acercaba y... nada; no atinaba a entender qué representaban pese a que cada uno tenía su respectivo nombre o leyenda, cuyo origen tampoco entendía.

Cuando mi asistente cumplió el "servicio", desembarcó en su ciudad natal, regresó a su ambiente —tenía sangre de marino—, para lo cual había adquirido buenos conocimientos marinos a bordo; compró un pequeño bote y se dedicó a "fletero portuario". Al poco tiempo fue considerado uno de los más eficientes, correctos y prácticos de aquel puerto que, por aquellos años, no estaba acondicionado para el atraque de barcos de pasajeros o carga, los que debían fondear a la gira alejados de unos roqueríos llamados "el patilliguaje". Pasajeros, bultos y carga debían movilizarse en botes a remo en uno u otro sentido; la seguridad de éstos dependía en gran parte de la pericia del fletero para atravesar esos roqueríos semi-sumergidos con seguridad, cualquiera que fueran las condiciones del tiempo reinante.

Pasaron varios años.

Al hacerme cargo del mando de un transporte recién incorporado al servicio, se me asignó como primera comisión el abastecer de carbón, repuestos y consumos habituales, a todas las reparticiones dependientes de la Armada entre Arica y Valparaíso. Zarpamos de Lota, totalmente cargados, directamente al extremo norte, desde donde regresaríamos para cumplir la misión encomendada, de puerto en puerto, de rada en rada, de caleta en caleta.

En Arica y posteriormente en todos los lugares en que fondeamos encontré numerosos ex-servidores de la Armada, y entre ellos a muchos de quienes habían hecho su servicio naval en el crucero de mis referencias, bajo mis ordenes en la respectiva "división de cubierta" a mi cargo. Casi todos o su gran mayoría estaban dedicados a trabajos portuarios: estiba-

dores, lancheros o como dueños independientes de un pequeño bote fletero. Al saberme al mando de ese nuevo transporte, acudían a bordo para saludarme y recordar los lejanos días en que habíamos navegado juntos. Al parecer, todos se sentían obligados a manifestarse con algún presente, principalmente objetos confeccionados con sus propias manos: buquecitos dentro de una botella, salvavidas aptos para colocar retratos, conchas burdamente pintadas, o simplemente objetos autóctonos de nuestra zona norte. Naturalmente, retribuía inmediatamente tales presentes con sendas botellas de licor, ropa con poco uso, o simplemente con dinero.

Así fui juntando una colección de objetos por demás curiosos, entre los que abundaban botellas de vidrio blanco rellenas de minerales sabiamente combinados por colores: salitre, azufre, yodo, cobre, hierro, etc.; tubos para niveles de calderas igualmente rellenos de coloridos minerales; bastones de maderas regionales, piedras, fósiles y mil chucherías que, una vez en la mar, mis oficiales celebraban jocosamente.

Desde el primer instante, pensé que no podría llegar a Valparaíso con tan curiosa colección, de modo que busqué la manera de desprenderme de tan risibles objetos, poco a poco y a la mayor brevedad posible.

En todos los puertos y caletas en que recalamos, acudían a bordo representantes de la prensa local, autoridades y visitantes de algún rango. ¡Era mi salvación! Después de ofrecerles una copa y de atenderlos gentilmente, antes que abandonaran el barco, les obsequiaba un presente, naturalmente de esos objetos que formaban mi curiosa colección. Todos ellos los recibían dando muestras de efusivos agradecimientos, aunque estoy seguro que algunos los arrojaban al mar apenas dejaban el portalón.

Cuando desembarqué en Iquique, encontré en el muelle a mi antiguo asistente Samuel Lee. Nos reconocimos de inmediato. Luego de saludarlo con todo afecto, después de imponerme de su vida, de su situación hogareña, de su trabajo, recordando su afición artística, lo interrogué muy seriamente:

—Dime, Samuel, ¿sigues cultivando el arte de la pintura, o lo has dejado?

—¡Mi comandante...! —respondió emocionado— es algo que llevo en la sangre, que jamás abandonaré.

—¿Siempre cultivas la misma técnica, o has cambiado de escuela?

—La misma, y con mucho éxito: todos los que ven mi obra, la celebran entusiastamente.

Esa misma tarde, cuando regresé a bordo, encontré esperando en cubierta a mi amigo, acompañado de dos de sus pequeños hijos que habían querido conocer el buque. Como era de suponer, tenía en sus manos un presente, que no podría ser otra cosa sino una de sus obras de arte.

Me presentó dos cuadros, para que eligiera el que más me agradara. "Calles porteñas" se titulaba uno. Enmarcado en tosca madera barnizada a laca, aparecía una tela sobre la cual diríase se habían desparramado todos los tubos de pintura del artista inesperadamente y éste, en el deseo de aprovechar nuevamente el material, habría pasado un trapo cualquiera; pero tal vez al darse cuenta que en la tela existía una sinfonía de colores extraña, optó por dejarla como una obra más; le dio un nombre, quizá en su embriaguez de arte, y la guardó.

La otra tela, también enmarcada en tosca madera, era una marina que titulaba "Atardecer".

En la primera, ya no atinaba a comprender dónde estaba la calle, ni el barrio, y menos el rincón marinero que tal vez representaba. La segunda, era indudablemente una "marina", porque aparecían trozos azul-verdoso que tal vez representaban el mar y otros medio celestes que eran sin duda pedazos de cielo. En una línea horizontal había un escobén totalmente aislado, con un ancla a medio tragar; más acá, un manchón rojo-plomizo semejaba una nariz en medio de la cual aparecía una estrella; luego, más arriba, en línea horizontal, una especie de amplia boca humana con blancos dientes y algunos flechastes, representaba seguramente un puente de mando. Arriba en el cielo, observaba curioso un "ojo de buey" medio abierto.

Por no desairar al artista, opté por aceptar el "Atardecer". Una vez en la mar, cuando llamé a mis oficiales para que apreciaran la hermosa "marina" que

ostentaba la flamante firma de Samuel Lee, éstos rieron a mandíbula batiente.

Continuamos al sur. En Guanillos del Norte, obsequié a la autoridad marítima una concha de ostión que tenía pintada en su seno una rubia espeluznante. En Mejillones, uno de mis amigos se excedió al obsequiarme una docena de conchas de "mejillones" sabiamente transformadas en ceniceros, que posteriormente regalé al ayudante de la Gobernación Marítima de Antofagasta, cuya esposa las encontró divinas. Al corresponsal de "El Mercurio" de esa ciudad, por salirme un poco de rutina, obsequié un hermoso libro de mi biblioteca particular: "Nuestra Marina Militar". Ya más al sur, fui quedando poco a poco sin objetos para saciar mi generosidad, a tal extremo que en Cruz Grande, nuevamente la biblioteca me salvó de apuros: regalé al cónsul americano otro libro de gran valor: "La artillería del buque y su preparación para la guerra".

Cuando recalé en Coquimbo, obsequié cuanto me quedaba: dos bastones arequipños, un tubo de calderas relleno de tierras de color, etc. y solamente me dejé el "Atardecer" de Samuel Lee, que no me atreví a regalar a nadie por temor a que una vez en tierra los civiles se burlaran cruelmente de mí.

¡Y llegó la oportunidad que tanto anhelaba! El periodista que se presentó a bordo para hacerme una entrevista, antes que nada, clavó sus ojos en la hermosa "marina": se acercaba, se alejaba, encendió personalmente una luz; trataba de descifrar la firma o tal vez de recordarla.

—¿Le gusta el cuadro, mi amigo?, interrogué seriamente.

—Desde luego, comandante —fue su respuesta—; encuentro que es una "marina" muy bien lograda. ¿Quién es el autor?

—Samuel Lee —respondí con toda seriedad— es un pintor mundialmente famoso, de origen inglés.

—Bien me parecía, comandante...

—¿Es usted tal vez aficionado a la pintura?

—Soy admirador solamente, comandante; personalmente no practico el arte, pero poseo una buena colección privada en mi hogar.

"¡Este es mi hombre!" —pensé de inmediato.

Vino a mi memoria un amigo que tuviera en ese mismo puerto, cuando siendo guardiamarina realizaba un curso de artillería embarcado.

Era un joven poeta local. Cuando nos separamos, me obsequió su primer libro, que se titulaba "Aguja, dedal y tijera". Con los años, mucho celebraban a bordo mis compañeros cuando les declamaba pasajes de sus hermosos poemas...

Cuando el periodista quiso marcharse tras libar su última copa de ron, tomé decididamente el cuadro y se lo ofrecí:

—Mi amigo, le ruego acepte este recuerdo para que aumente su colección privada.

—Comandante, por ningún motivo permitiría que usted se desprendiera de tan interesante obra de arte —argumentó.

Todo fue inútil, por ningún motivo perdería la oportunidad: si no se la llevaba,

sólo me restaba arrojarla al mar antes de enfrentar Punta Lengua de Vaca.

—Bueno, comandante —terminó— ya que usted es tan generoso, acepto su obsequio; pero le ruego vaya esta tarde a mi modesto hogar para que nos bebamos una copa juntos, en compañía de su segundo, desde luego. Allí tendrá ocasión de admirar mi colección.

Una vez que desembarcó, llamé a Mouat.

—Segundo —le dije—, esta exposición no la perdemos por ningún motivo. Alístese y a las siete en punto estaremos en casa del amable amigo.

Llegamos puntualmente. En un pequeño salón nos esperaba la dueña de casa con algunos bocadillos y una copa de vermouth. Luego el inolvidable amigo periodista nos hizo pasar a su sala escritorio, en cuyos muros colgaban una docena de "cuadros" dignos del espíritu burlesco de un Picasso y entre ellos destacaba, radiante como una preciosa joya, el "Atardecer", de Samuel Lee.

